

LA DESAPARICIÓN DE LOS PELUCHES



Me llamo Clara, tengo nueve años y, aquella noche, como cada noche, después de la cena con mis padres y mi hermano mayor, me cepillé los dientes y me preparé para ir a dormir.

Instalé mis siete peluches al fondo de mi cama, di un besito a cada uno de ellos y me dormí.

Al día siguiente, cuando me desperté a las ocho de la mañana para ir a la escuela, quise saludar a mis peluches. Empecé por el de la izquierda y cuando vino el rato de saludar al último, vi que ya no estaba. Lo busqué en toda mi habitación, en vano. En este momento no me preocupé, pensaba que lo había olvidado en la escuela o en el coche de mi padre porque suelo llevar un peluche conmigo, me siento en seguridad cuando me acompaña.

A la mañana siguiente, me levanté y vi que me quedaban solo cinco peluches en la cama. Empecé a preocuparme y decidí explicar la situación a mis padres y a mi hermano. Dijeron que no pasaba nada y que debía buscar en todos los cuartos de nuestra mansión.

Durante las tres noches siguientes el fenómeno se reprodujo: un peluche desaparecía cada noche y finalmente me quedaron dos. A lo mejor era una burla de mi hermano, Lázaro. Entré en su habitación llorando:

- ¿Dónde están mis peluches? Estoy segura de que es culpa tuya.
- ¡No tengo ninguna idea! ¡No es culpa mía si pierdes tus peluches! dijo Lázaro burlándose de mí con una sonrisa sádica.

En realidad, su pasatiempo favorito era fastidiarme y molestarme, pero quizás esta vez no me mentía.

Como yo sabía que no tendría repuestas convincentes, decidí ir a dormir con mis dos peluches en los brazos para estar segura de que no iban a desaparecer como los otros.

Durante la noche tuve frío y cuando me desperté vi que la ventana había sido abierta por el viento. Me levanté para cerrarla.

En el momento de volver a la cama, vi que faltaba un peluche. Solo me quedaba uno.

Cuando me desperté a las nueve (ese día era domingo), busqué al último peluche dentro de mi cama y vi que estaba sobre mi mesita de noche mirándome...

Cuento escrito por Fatoumata, Séfora, Thérèse y Kenza